

Tiempos revueltos, tiempos atávicos

Texto Sergio Calvo Romero
Imagen Sin título (Maruja Duplá)

Se está convirtiendo en norma o denominador común el hecho de que a diario podemos observar actitudes o comportamientos atávicos. Si bien no es una novedad, pues el ser humano es el resultado de interacciones, impresiones e improntas de su pasado o del pasado del colectivo más cercano. El problema surge cuando el atavismo del que hace gala el ser humano le conduce a adoptar actitudes contrarias al pensamiento o conocimiento racional y/o científico; objeto de reflexión, comprobación y validación, en su sistema más simple. Es en esta situación de ideales enfrentados cuando tendrían que emerger factores como la moralidad, la lógica, el sentido común, etc., es decir, toda una amplia gama de pulsos emocionales e intelectuales que acabaría por concretar qué acción debe tomarse.

Este es un ejemplo sencillo, reducido a su mínima expresión, en el que poder plasmar la sucesión de fases por las que puede pasar un hecho tan sencillo como puede ser el de tomar una decisión. Algo que hacemos todos los días en un sinfín de situaciones y que se ejecuta de forma inmediata. Desde nuestra niñez hemos ido entrenando nuestro cerebro para llevar a cabo este tipo de operaciones mentales sin dificultades. La teoría la conocemos, pero tristemente la práctica, como estamos presenciando, no tanto. Ante evidencias se opta por tomar decisiones contrarias o altamente cuestionables, en el mejor de los casos. En el peor de los casos –y para ello parafraseo a Fernando Fernán Gómez–, no se cumple la máxima de que «la inteligencia comienza dos pasos por detrás de la obviedad», que le gustaba decir al letrado actor. En estos casos parece que el ser humano es un neonato cuyo aprendizaje y progreso intelectual todavía se halla en vías de desarrollo. Y la pregunta en cuestión es: ¿qué hacer en estos casos?



No hay respuesta fácil.

Cuando una persona o grupos de personas dan claras muestras de atavismo, podemos decir de un tinte conservador o incluso reaccionario, no hay argumentos lógicos que puedan liberar de esa pátina de moderantismo extremo determinados pensamientos. Ahí radica la clave de la transformación de la mentalidad de una persona en un elemento anacrónico falto de todo atisbo de progreso, avance o capacidad crítica, dando como resultado una involución del ser humano bajo el motor del arcaísmo más puro. Llegados a este punto final del proceso, uno solo puede justificar tal forma de proceder como un cúmulo de sinsentidos fruto de la ignorancia, incapacidad intelectual, desinterés, pasividad, etc.

Si permitimos este comportamiento a la esfera pública y política, sin ningún tipo de control o de muestra de desaprobación por parte de la sociedad civil, corremos el riesgo de catalogar ese *modus operandi* como aceptable o incluso recubrirlo de cierto grado de legitimidad, solo por el mero hecho de que la no expresión del desacuerdo puede ser entendido como aceptación y legitimación.

La historia, tanto para el historiador profesional, *amateur* o recién iniciado, es la mejor escuela de aprendizaje. Su conocimiento es clave para no incurrir en los errores cometidos y garantizar un futuro ajeno a los problemas del pasado. Pero cuando esos personajes atávicos hacen un uso partidista del concomiendo histórico y lo retuerzen hasta poder adaptarlo a sus discursos se crea una peligrosa combinación de ignorancia y motivación, que a veces se traduce en acciones contra quienes promueven la cultura y el aprendizaje. De todos nosotros depende dejar atrás los componentes más rancios del pasado. •